



Parroquia Sagrado Corazón de Jesús (san Diego)

Cartagena

RECURSOS LITÚRGICOS



SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS

Monición de entrada

Queridos hermanos:

Llegamos a la solemnidad de Pentecostés, donde conmemoramos que el Espíritu se derrama sobre la Iglesia para dotarla de vida e impulsarla a la misión. Con esta celebración damos por terminado el tiempo de Pascua, aunque todavía nos quedan unos domingos intensos con la celebración de la Trinidad y del Corpus Christi antes de adentrarnos en la rutina del tiempo ordinario durante el verano. Vivamos con intensidad la efusión del Espíritu Santo que Dios sigue derramando sobre su Iglesia. Que Él reparta sus dones para que podamos llenar de color las zonas más oscuras y grises de nuestro mundo.

Monición a las lecturas

Al igual que la solemnidad de la ascensión, la celebración de Pentecostés conserva todos los años las mismas lecturas, salvo algunas variantes, sobre todo en el Evangelio. Dos son los momentos celebrativos: la misa de la vigilia y la misa del día, ambas con lecturas propias. Como no puede ser de otra manera, el protagonista de todas las lecturas es el Espíritu Santo que el Hijo nos envía habiéndolo recibido a su vez del Padre. Con esta efusión, la Revelación de Dios alcance su cénit, pero no termina; ahora nos toca continuar en el tiempo y el espacio la misión redentora de Dios para devolver toda la creación a su estado original, colaborando con el Creador en la salvación del mundo. Que las lecturas de hoy aviven en nosotros esta inmensa gracia, alimentando nuestras vidas con su aliento de vida y fuego de amor.

LECTURAS **Misa de la vigilia**

1ª Lectura

Lectura del libro del Génesis (11, 1-9)

Al emigrar (el hombre) de oriente, encontraron una llanura en el país de Senaar y se establecieron allí. Y se dijeron unos a otros: "Vamos a preparar ladrillos y a cocerlos." Emplearon ladrillos en vez de piedras, y alquitrán en vez de cemento. Y dijeron: "Vamos a construir una ciudad y una torre que alcance al cielo, para hacernos famosos, y para no dispersarnos por la superficie de la tierra." El Señor bajó a ver la ciudad y la torre que estaban construyendo los hombres; y se dijo: "Son un solo pueblo con una sola lengua. Si esto no es más que el comienzo de su actividad, nada de lo que decidan hacer les resultará imposible. Voy a bajar y a confundir su lengua, de modo que uno no entienda la lengua del prójimo." El Señor los dispersó por la superficie de la tierra y cesaron de construir la ciudad. Por eso se llama Babel, porque allí confundió el Señor la lengua de toda la tierra, y desde allí los dispersó por la superficie de la tierra.

Palabra de Dios

O bien:

Lectura del libro del Éxodo (19,3-8a.16-20b)

En aquellos días, Moisés subió hacia Dios. El Señor lo llamó desde el monte, diciendo: "Así dirás a la casa de Jacob, y esto anunciarás a los israelitas: "Ya habéis visto lo que he hecho con los egipcios, y cómo a vosotros os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí. Ahora, pues, si de veras escucháis mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa." Éstas son las palabras que has de decir a los israelitas." Moisés convocó a los ancianos del pueblo y les expuso todo lo que el Señor le había mandado. Todo el pueblo, a una, respondió: "Haremos todo cuanto ha dicho el Señor."

Al tercer día, al rayar el alba, hubo truenos y relámpagos y una densa nube sobre el monte y un poderoso resonar de trompeta; y todo el pueblo que estaba en el campamento se echó a temblar. Moisés hizo salir al pueblo del campamento para ir al encuentro de Dios y se detuvieron al pie del monte. Todo el Sinaí humeaba, porque el Señor había descendido sobre él en forma de fuego. Subía humo como de un horno, y todo el monte retemblaba con violencia. El sonar de la trompeta se hacía cada vez más fuerte; Moisés hablaba, y Dios le respondía con el trueno. El Señor bajó al monte Sinaí, a la cumbre del monte, y llamó a Moisés a la cima de la montaña

Palabra de Dios

Salmo responsorial: 103

Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra
Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra

Bendice, alma mía, al Señor:
¡Dios mío, qué grande eres!
Te vistes de belleza y majestad,
la luz te envuelve como un manto. **R.**

Cuántas son tus obras, Señor,
y todas las hiciste con sabiduría;
la tierra está llena de tus criaturas. **R.**

Todos ellos aguardan a que les echés comida a su tiempo;
se la echas, y la atrapan;
abres tu mano, y se sacian de bienes. **R.**

Les retiras el aliento, y expiran y vuelven a ser polvo;
envías tu aliento, y los creas,
y repueblas la faz de la tierra. **R.**

2ª Lectura.

Lectura de la carta a los Romanos (8,22-27)

Hermanos: Sabemos que hasta hoy la creación entera está gimiendo toda ella con dolores de parto. Y no sólo eso; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la hora de ser hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvados. Y una esperanza que se ve ya no es esperanza. ¿Cómo seguirá esperando uno aquello que ve? Cuando esperamos lo que no vemos, aguardamos con perseverancia. Pero además el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que escudriña los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, y que su intercesión por los santos es según Dios.

Palabra de Dios

EVANGELIO (Juan 7, 37-39)

El último día, el más solemne de las fiestas, Jesús, en pie, gritaba: "El que tenga sed, que venga a mí; el que cree en mí, que beba. Como dice la Escritura: de sus entrañas manarán torrentes de agua viva." Decía esto refiriéndose al Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él. Todavía no se había dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado.

Misa del día

1ª Lectura.

Lectura de los Hechos de los apóstoles (2,1-11)

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente, un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían, posándose encima de cada uno. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería.

Se encontraban entonces en Jerusalén judíos devotos de todas las naciones de la tierra. Al oír el ruido, acudieron en masa y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propio idioma. Enormemente sorprendidos preguntaban: "¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que cada uno los oímos hablar en nuestra lengua nativa? Entre nosotros hay partos, medos y elamitas, otros vivimos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia o en Panfilia, en Egipto o en la zona de Libia que limita con Cirene; algunos somos forasteros de Roma, otros judíos o prosélitos; también hay cretenses y árabes; y cada uno los oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua."

Palabra de Dios

Salmo responsorial: 103

Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.
Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.

Bendice, alma mía, al Señor:
¡Dios mío, qué grande eres!
Cuántas son tus obras, Señor;
la tierra está llena de tus criaturas. **R.**

Les retiras el aliento, y expiran
y vuelven a ser polvo;
envías tu aliento, y los creas,
y repueblas la faz de la tierra. **R.**

Gloria a Dios para siempre,
goce el Señor con sus obras.
Que le sea agradable mi poema,
y yo me alegraré con el Señor. **R.**

2ª Lectura.

Lectura de la primera carta a los Corintios (12,3b-7.12-13)

Hermanos: Nadie puede decir "Jesús es Señor", si no es bajo la acción del Espíritu Santo. Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de funciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común.

Porque, lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todo hemos bebido de un solo Espíritu.

Palabra de Dios

EVANGELIO

Juan 20,19-23

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en su casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: "Paz a vosotros." Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: "Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envió yo." Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos."

ORACIÓN DE LOS FIELES (peticiones)

1. Señor, haznos sentir la presencia viva de tu santo Espíritu para que la Iglesia siga siendo fiel a la misión que le has encomendado. **ROGUEMOS AL SEÑOR.**
2. Que tu Espíritu, Señor, sea garante de la unidad en nuestra rica diversidad, procurando que rememos todos en la misma dirección, siempre hacia tu Reino. **ROGUEMOS AL SEÑOR.**
3. Que tu aliento, Señor, avive nuestro ánimo y nuestra esperanza, para que, en los momentos de flaqueza, debilidad o cobardía, sintamos tu fuerza en nuestras vidas. **ROGUEMOS AL SEÑOR.**
4. Que vivíamos la fe, la esperanza y sobre todo la caridad, con intensidad y pasión, para que nuestras lenguas de fuego sean capaces de encender los corazones apagados por la tristeza, el desánimo o la indiferencia. **ROGUEMOS AL SEÑOR.**
5. Que los difuntos recuperen el aliento con el que les diste la vida y que los que están enfermos o impedidos no se sientan excluidos ni marginados, sino miembros activos de nuestra comunidad mediante el ejercicio del amor fraterno y la solidaridad. **ROGUEMOS AL SEÑOR.**

Acción de gracias.

El viento sopla. Despliega las velas de tu barco.
Se enciende una llama. Acércate a su luz y calor.

Ponte bajo la cruz y abre tus manos
para recibir el aliento inextinguible
que transforma tu rendido barro
en una criatura nueva, creada y creativa,
a impulsos de la misma brisa
que en el principio acarició la nada
para que existiera en el todo.

Se abre paso una presencia inexplicable
que rasga tus lógicas razones,
liberándote de la estéril cordura
que traviste tu cobardía en prudencia,
obligándote a dibujar cielos para unas aves
a las que arrebataste las alas.

Esa presencia es una boca sin mordaza
que exhala huracanes de paz incontenible,
abriendo puertas y haciendo caminos
que llevan a todas partes,
incluso hasta el interior de tu alma.

Y si hasta ella llega esa presencia,
tu lengua, otrora muda,
se abracará en descarados gritos
que todo el mundo entenderá
sin dejar a nadie indiferente.

Libre ya de la tiranía de lo igual,
te sentirás único en tu diferencia,
indispensable presencia
en la singular pluralidad de lo uno,
y en la indescriptible belleza de la verdad
que inunda de bondad el universo.

Será el Espíritu que modela el viento
para que tus velas te lleven a todos los puertos.
Será la llama que se enciende el tiempo
para que llenes de luz y calor tu mañana y tus recuerdos.

HOMILÍA

Nos encontramos posiblemente ante una de las solemnidades menos valoradas del calendario litúrgico, tal vez por la vorágine sacramentalista (bautizos, comuniones, bodas) de estas fechas primaverales y el cansancio acumulado después de un intenso año pastoral. Si contamos las fiestas dedicadas a la Virgen, o aquellas que tienen como titular a Cristo, e incluso las de algunos santos, nos daremos cuenta de la desproporción que existe a la hora de celebrar los misterios de nuestra fe. En el misterio de la Trinidad adoramos a un único Dios en sus tres personas diferentes. De las tres, quizá el Espíritu Santo sea la persona divina más eclipsada en la espiritualidad cristiana. Es importante recuperarla y visibilizarla, explicando su sentido y tratando de vincularnos más estrechamente a su dinamismo de vida. Porque el Espíritu Santo es la **PRESENCIA DE DIOS ACTUANDO** en nuestras vidas, aquí y ahora.

Las mismas lecturas de Pentecostés, que pone punto final al tiempo de Pascua, son un claro ejemplo de la importancia de esta celebración. El hecho que podamos contar con varias opciones para la liturgia no hace más que reforzar esta solemnidad. Mirando las lecturas por encima y tratando de ahondar en algunos de sus detalles, propongo hacer un breve recorrido por esta Palabra, “masticando” su sentido y tratando de encontrar el común denominador que recorre todos los textos.

No deja de ser curioso que la primera lectura de la vigilia de pentecostés sea la de la torre de Babel. ¿Qué tiene que ver el Espíritu en esta historia tan curiosa? Aparentemente nada, pero al escuchar esta lectura no podemos evitar emparentarla con el acontecimiento de Pentecostés que repara el despropósito de Babel. Si en la lectura del Génesis, el orgullo humano por llegar al cielo termina con la confusión de lenguas y la dispersión de la humanidad, en Pentecostés encontramos la antítesis; es decir, la capacidad de una pequeña, débil y temerosa comunidad para hablar todas las lenguas, llegando a forjar una unidad cuya riqueza es la pluralidad, no la uniformidad que pretendía el proyecto de Babel. Hay algunos detalles dignos de mención. Por ejemplo: no es la humanidad la que provoca la confusión de las lenguas, sino que es el mismo Dios quien introduce esta variedad idiomática que, aparentemente, divide y separa.

¿No será que Dios no quiere una uniformidad que aniquila las riquezas y singularidades particulares? ¿No estaremos asistiendo a un globalismo aniquilador de la diversidad que nos impide vivir en una sana globalización basada la interrelación cultural?

La multiculturalidad es un gran error porque nos obliga vivir juntos en un mismo espacio, pero sin conexión ni relación posible entre unos y otros. Por el contrario, la interculturalidad promueve de forma sana esta unión desde la riqueza de la diversidad puesta al servicio del bien común universal.

Efectivamente, el peligro de la humanidad (no sólo en Babel sino también hoy en día) es confundir la unidad con la uniformidad. Este es uno de los riesgos del globalismo ideológico que no respeta las diferentes culturas con sus idiosincrasias particulares, pretendiendo imponer a nivel global una única forma de pensar, vivir e incluso de crear. Si hablar una misma lengua lleva a la prepotencia y estupidez de creerse dioses, Dios no puede más que crear y promover la diversidad de lenguas como antídoto ante la tiranía de una única cultura dominante. Esta diversidad, lejos de buscar la división, lo que supone es una garantía para la verdadera unidad.

Ser diferentes no tiene por qué promover la división. La diferencia es un espacio abierto para que lo plural se encuentre y se armonice sin perder la propia identidad. Es un movimiento que busca la unidad, sí, pero no a través de la uniformidad, sino desde el respeto a lo particular, por pequeño que sea. Una sola lengua que se pierda en la tierra supone una gran pérdida para toda la humanidad, pues con ella se pierden también visiones, sabores y apreciaciones genuinas que no están presentes en otras lenguas.

Recordemos que los discípulos, embriagados del Espíritu en Pentecostés, no hablan una misma lengua. Es decir, Dios no devuelve la humanidad al momento anterior a Babel, sino que hace que cada uno pueda entender y ser entendido por los demás a pesar de hablar en lenguas diferentes. Es decir, no se trata de que Iglesia hable un único idioma (sea el arameo, hebreo, griego, latín...) sino de que sus miembros sean capaces de superar su propia lengua para abrirse a las de los demás, no individualmente (no todos tenemos que hablar todas las lenguas) sino como comunidad unida por un mismo Espíritu. Por ello, cuando Jesús se aparece ante sus discípulos y les insufla su aliento, el efecto inmediato es el envío misionero para predicar el Evangelio por toda la tierra. Esto supone la superación de la estrechez de la propia aldea, incluyendo la cultura, con su máxima expresión: el idioma.

Cuando en lugar de ladrillos o alquitrán usamos los medios naturales, aunque sean piedras o cemento, el edificio que construimos no es una torre a lo alto, sino una casa a lo ancho para que quepan todos, sin situarnos unos por encima de los otros. Este es uno de los primeros efectos de Pentecostés. Sólo el aliento de Dios puede hacer posible este milagro. Es un aliento bello, porque Dios se viste de belleza, como reza el salmo, no sólo de un saber meramente científico.

La sabiduría es uno de los siete dones del Espíritu, más importante que la razón; el sabio es quien razona también desde el corazón, no sólo desde un cerebro científico-técnico. Sin el aliento de Dios no es posible la vida. Quizá sea posible tener un cuerpo, un sistema, una idea o un proyecto, pero nada de ello es factible sino hay vida dentro.

Al igual que Dios insufló su aliento (su Espíritu) en la boca de Adán y éste comenzó a vivir, Jesús insufla su aliento en otro cuerpo de barro, muerto de miedo y encerrado en sí mismo: La Iglesia. La primera comunidad que se reúne tras la ascensión tenía ciertamente una pequeña e incipiente estructura, pero no había vida dentro de ella. Es el Espíritu el que enciende lenguas de fuego capaces de abrazar la humanidad con palabras de vida. De repente, ese cuerpo inerte se convierte en un cuerpo ardiente: el cuerpo místico de Cristo animado por el Espíritu Santo. ¿Cuántas iglesias tienen hoy todos los elementos necesarios para hacer su función, pero adolecen del aliento de vida que sólo el Espíritu puede dar? ¿Cuántas iglesias viven todavía encerradas en el miedo, espantando las lenguas de fuego que buscan cabezas y corazones para encenderlos de amor? Hoy más que nunca necesitamos un renovado Pentecostés en la Iglesia para dejar atrás el miedo, superar la burla de los que nos creen ebrios o locos y proclamar sin miedo en todas las lenguas la alegría del Evangelio.

Como dice san Pablo, poseemos las primicias del Espíritu y gemimos aguardando la venida del Señor. El Espíritu es quien refuerza nuestra debilidad en esta espera, para que la esperanza no se convierta en pasividad, sino en un dinamismo creador de posibilidades. Hoy más que nunca hemos de rezar: *“Envía Señor tu Espíritu y renueva la faz de la tierra”*. Porque esta tierra necesita una profunda renovación y una transformación urgente, aunque ello suponga la confusión de lenguas y la dispersión que nos vacune contra la tragedia de un globalismo monocolor ¿Cuántos sistemas económicos y sociales reproducen hoy en día esa torre donde no es posible la singularidad, ni la libertad creativa? Hemos de valorar en nuestras comunidades los carismas que el Espíritu Santo da a cada uno, huyendo de líderes populista que todo lo resuelven con una única receta, tan simplista como falsa. Nadie puede acaparar todos los dones del Espíritu. Dios no da todos los dones a una única persona o civilización, sino que los reparte entre todos para que nos hagamos necesarios los unos de los otros, forjando así vínculos de unidad que expresen de forma maravillosa el misterio trinitario de Dios, plural y único a la vez.

Para vivir una verdadera unidad en la Iglesia hemos de reconocer y potenciar los diferentes carismas, tanto personales como grupales. No hacerlo sería como robar colores al arco iris. Cada uno de nosotros hemos de preguntarnos con qué dones hemos sido bendecidos y de qué manera los estamos poniendo a disposición de la Iglesia y del mundo. También hemos de luchar por poder aplicar esos dones sin repetir el error de la torre de Babel, confundiendo la unidad con la uniformidad, los dones con el orgullo y la filiación divina con el “derecho” a asaltar el cielo en lugar de llamar humildemente a sus puertas.

Carismas y ministerios son así uno de los deberes pastorales más urgentes en la Iglesia, sobre todo a la hora de “desclericalizarla”, pues es posible que el carisma presbiteral esté impidiendo que se desarrollen otros carismas laicales, tan válidos como los de los ministros ordenados. Hemos de pasar del cura que lo hace y controla todo, al presbítero siervo de la comunidad, al director de orquesta que enseña, dirige y orienta, pero que no tiene por qué tocar sólo todos los instrumentos.

Al igual que los discípulos con María recibieron la fuerza del Espíritu, nosotros también recibimos a Cristo en cada Eucaristía tras darnos la paz. Junto con esa paz, el primer gesto de Jesús es el de soplar sobre nosotros para insuflarnos vida. La Eucaristía que comulgamos es así como un aliento de vida que nos renueva. Sólo el Espíritu es capaz de transformar nuestro pan y vino en el cuerpo y la sangre del Señor. Eso también es Pentecostés. De esta forma, comulgar es como recibir el aliento de Padre mediante el cuerpo del Hijo. ¿Qué es esto sino el Espíritu Santo? Vivamos la presencia de Dios en nuestras vidas a través de este Espíritu que va desplegando en la historia toda la sabiduría divina. Dejémonos guiar por este Espíritu y seamos así agentes de renovación en el mundo que nos ha tocado vivir.